

Historia de la epistemología, la metodología y las técnicas de investigación en la sociología mexicana

ENRIQUE DE LA GARZA TOLEDO

INTRODUCCIÓN

La importancia de la epistemología, la metodología y las técnicas de investigación (EMT) para la sociología ha sido variable en el transcurso de la historia. De una etapa inicial de fundación de la sociología, en el siglo pasado, en la que fue poco claro su vínculo con la epistemología, así como con una metodología que estaba apenas en fundación y con una reflexión sobre las técnicas que todavía no existía, se pasó, en la primera mitad de este siglo, al predominio en las ciencias sociales del punto de vista naturalista del neopositivismo, con toda su concepción de lenguaje científico (de teoría, hipótesis, verificación, etc.), de método único para la ciencia, de verdad como correspondencia, de búsqueda, de neutralidad y de concepción de realidad y leyes naturales. Es decir, se llegó a un monolitismo metodológico, epistemológico y su traducción en técnicas de investigación (por supuesto existieron paradigmas alternativos pero marginales desde el punto de vista del desarrollo de la ciencia social sustantiva). El imperialismo metodológico del positivismo del siglo xx se compaginó con la irrupción de la ciencia social empírica estadounidense con toda su potencia en financiamientos y canales de difusión.

Pero este paradigma dominante por casi 50 años empezó a entrar en crisis en el plano epistemológico, en la década de los años cincuenta. El relativismo Khuneano lo minó al inicio de esta crisis, y posteriormente la recuperación hermenéutica de antiguas y nuevas teorías del discurso lo puso en duda. Así, los continuadores del positivismo en la filosofía analítica y el estructuralismo epistemológico difícilmente pudieron sostener en los setenta el ideal de demarcación entre ciencia y metafísica.

Pero fue sobre todo la crisis real internacional en esta década la que primero puso en crisis a las grandes teorías sociales que de una forma o de otra se habían basado en el paradigma dominante: Keynesianismo, funcionalismo y conductismo. Crisis de predecibilidad de estas teorías, de eficiencia práctica, caos en las alternativas, incertidumbre de futuro. Se ponía en duda todo un ideal de civilización y de ciencia inaugurado por el iluminismo: la capacidad de la ciencia social de captar tendencias

y proporcionar soluciones (economía científica, ciencia política, sociología científica, etc.). Hoy, el posmodernismo no es, por tanto, un resultado gratuito de la coyuntura.

En el tema que nos ocupa es la crisis de un ideal de conocimiento científico que no se inició con el positivismo pero que, en este siglo, tuvo con este paradigma su expresión más rigurosa y acabada: lenguaje unívoco y claro de la ciencia; eliminación de la metafísica; total deducibilidad de las hipótesis e indicadores; teoría como sistema deductivo; ley como proposición universal; neutralidad del dato, asegurada por una técnica refinada; verificabilidad, asegurada por técnicas estadísticas y medición como criterio de científicidad. Como en todo paradigma (que es en parte epistemología, metodología y técnica, combinadas con concepción del mundo y del quehacer científico), este ideal no se presentó puro, así que menudearon las divergencias: inductivismo *versus* deductivismo; operacionalismo *versus* probabilidad de que un indicador logre su propósito; conceptos científicos directamente observables *versus* teoría de los dos niveles del lenguaje científico; verificación-inducción *versus* falsación; teoría universal *versus* teoría de alcance medio; dato empírico dado *versus* dato empírico constituido; etc. Todos permeados por una concepción de la realidad sujeta a leyes semejantes a las naturales.

En la coyuntura de los ochenta, el monismo del paradigma positivista se ha roto y lo ha sustituido la pluralidad epistemológica e incluso la negación de toda epistemología; los vínculos entre epistemología y metodología de las ciencias sociales se han relajado, bien por retraso de las propuestas metodológicas con respecto a la crisis de la epistemología, bien por la dispersión de los paradigmas epistemológicos. En las técnicas, el énfasis extremo en la matematización continúa con refinamientos formales superiores a los de décadas anteriores.

Este flujo y reflujo de la metodología de la ciencia social ha estado presente también en México, aunque muchas veces como farsa, sin haberse formado una *conciencia metodológica* cabal en el ambiente sociológico. Trataremos de analizar en este trabajo las etapas de epistemología-sociología de la ciencia, metodología y técnicas de investigación social en México a través de la *Revista Mexicana de Sociología*, desde su fundación en 1939. Ciertamente, no se trata de toda la producción nacional en EMT ni de todas las influencias externas que llegaron a México las que se encuentran en esta *Revista*; sin embargo, para los sociólogos mexicanos la *Revista* es, y ha sido, el referente hemerográfico de más tradición y el más riguroso e influyente hasta el presente. Sus etapas son en buena medida las de la sociología en México, a partir de 1939.

Se buscará, por tanto, estudiar las etapas de la EMT en cuanto a sus paradigmas dominantes (positivismo, marxismo o diversas corrientes hermenéuticas); en cuanto a los temas metodológicos que prevalecieron a través de esos tres grandes paradigmas; en relación con las técnicas a que dieron importancia (de recolección o de análisis de información y en el

interior de cada una de estas). Veremos cómo es posible identificar etapas paradigmáticas y temáticas en los tres niveles que nos interesan (EMT). También podremos observar cómo estas etapas de la EMT tienen relación con el predominio de diversos puntos de vista acerca de la teoría sociológica. En cambio, observaremos que la relación de las EMT con los grandes flujos y reflujos internacionales de estas temáticas se presenta con grandes desfases en el tiempo, con grandes lagunas en la reflexión que permiten hablar de la ausencia de una conciencia nacional de la EMT reflejada en la escasa originalidad de la inmensa mayoría de los artículos sobre estos temas que aparecen en la *Revista Mexicana de Sociología*.

Es decir, las etapas de la EMT aparecen determinadas por las grandes corrientes internacionales, así como por especificidades teóricas nacionales y también, en forma mediada, por las coyunturas económicas y políticas que ha vivido América Latina, y, finalmente, por las orientaciones que han dado a la *Revista* las direcciones de la misma. Estas etapas serán presentadas también como síntesis entre procesos de diferentes temporalidades. Primero, a nivel internacional, la sincronía entre etapas de la epistemología, la metodología y las técnicas no se da en forma perfecta. A veces se presenta con vínculos estrechos entre los tres niveles, en otras ocasiones con muchas mediaciones entre ellos o bien con desarrollos relativamente autónomos. En términos generales, la vida de la *Revista Mexicana de Sociología* se ha desenvuelto en un contexto internacional epistemológico que ha ido del predominio del positivismo en los años cuarenta, a la crisis inicial de los cincuenta y sesenta, y luego a la dispersión epistemológica en los setenta y ochenta; en cuanto a la metodología, se ha transitado de un predominio de la "metodología de la sociología empírica" de inspiración empirista y positivista en los años cuarenta y cincuenta, a la modelística de Blalock a partir de los sesenta y el renacimiento de propuestas hermenéuticas; en las técnicas, del predominio de la encuesta y el cuestionario en los cuarenta y cincuenta, con sus análisis multivariados, correlaciones y regresiones, a las técnicas sofisticadas del Path Analysis y las teorías de juegos, junto a reivindicaciones hermenéuticas de lo cualitativo y lo subjetivo.

En estos desfases internacionales entre epistemología, metodología y técnicas está presente también la diversidad en jerarquías de un nivel con respecto a otro. De una preeminencia del nivel epistemológico sobre los otros niveles, intentando reducir unos a los otros (técnica a metodología y ésta a epistemología), se pasa a otra fase de una mayor autonomía entre metodología y epistemología y, posteriormente a otra de reducción de la metodología a técnicas matemáticas sofisticadas.

Los angustiosos vínculos entre EMT a nivel internacional también se han presentado en México aunque con menor intensidad, considerando que el nivel de reflexión y aplicación de estas temáticas es inferior en general al de los llamados países desarrollados. Aquí, las propuestas aparecen comúnmente por imitación, y el paso de una etapa a otra rara vez

implica un saldo cabal con paradigmas o temáticas; éstas se imponen nuevamente por imitación desfasada sin llegar a conformar lo que hemos llamado una conciencia metodológica en nuestro país.

Finalmente, hay que hacer la aclaración de que nuestra reflexión estará circunscrita a la EMT como "lógica reconstruida", es decir, a las elaboraciones explícitas sobre EMT, sin considerar aquella que en "estado práctico", como "lógicas en uso", es posible rastrear también en los análisis concretos. Esta observación es importante por dos circunstancias: primero, no todos los investigadores de temas sustantivos aprenden metodología de textos abstractos, más bien la asimilan por imitación de formas concretas de investigación (por ejemplo al hacer un estudio de migrantes, un investigador puede inspirarse en estudios clásicos concretos y asimilar formas de construir conocimiento en un nivel de abstracción menor que el que manejamos en este análisis; es decir, no se ocupa del problema de qué es un indicador y cómo se relaciona con un concepto teórico sino cuáles indicadores se utilizaron en concreto, cuáles conceptos teóricos, cuáles hipótesis, cuáles fuentes de datos, cuáles preguntas en el cuestionario, cómo se diseñó la muestra o los problemas prácticos al recabar y sistematizar la información). Este nivel de penetración de las metodologías con todos sus supuestos teóricos y de concepción de la realidad ha sido poco explorado a pesar de su importancia y la reflexión ha partido normalmente de las propuestas de los epistemólogos y sus repercusiones en la metodología, aunque raramente en las técnicas, no obstante que dichas técnicas tengan también supuestos de realidad y conocimiento que las conectan en forma impura con epistemologías y metodologías.

En síntesis, sobre los períodos de la EMT influyen corrientes externas e internas, así como contextos económicos y políticos, pero no hay que desconocer que el partícipe o usuario de la EMT es una comunidad de profesores, investigadores e intelectuales bastante reducida y que como tal posee también su propia dinámica y valores (la "comunidad científica"). En esta comunidad, las modas, liderazgos y micropoderes institucionales (por ejemplo el control de la línea editorial de una revista tan importante como la *Revista Mexicana de Sociología*) influyen también en la constitución de estas etapas.

I. ANÁLISIS CUANTITATIVO

El análisis cuantitativo del contenido de la *Revista* lo hemos hecho estudiando todos los números desde su fundación, clasificando los artículos por paradigma dominante (positivista, marxista o hermenéutico); por nacionalidad de los autores y por distribución temática en los epistemológicos, los metodológicos y los técnicos. Las limitaciones del análisis cuantitativo de contenido saltan a la vista: se trata de un análisis de frecuencias que no necesariamente corresponde con intensidad o importan-

cia; no permite establecer los vínculos con corrientes internacionales o contexto teórico, económico, político o entre comunidades científicas, y el código tiende necesariamente a esquematizar y eliminar matices que pueden ser importantes. Por estas razones, el análisis cuantitativo sólo se tomará como punto de partida y será profundizado con un estudio cualitativo de artículos en los apartados subsecuentes; esta profundidad sería imposible de lograr sólo con un análisis de contenido tradicional.

Primero, en el cuadro 1 se puede observar cómo la distribución de los artículos por grandes temáticas (epistemología-sociología de la ciencia;* metodología y técnicas) es favorable a los trabajos epistemológicos y de sociología del conocimiento científico, seguido de las técnicas, y sólo en tercer lugar aparece la metodología. Esta distribución como primera aproximación no resulta tan desequilibrada y pareciera que el predominio de la reflexión epistemológica ha permeado de profundidad a las otras temáticas, pero como veremos más adelante no ha sido así en general.

CUADRO 1

DISTRIBUCIÓN DE TEMÁTICAS DE LA *REVISTA MEXICANA DE SOCIOLOGÍA* (1939-1987)

<i>Temática</i>	<i>Porcentaje</i>
Epistemología y Sociología de la ciencia	40.0
Metodología	23.7
Técnicas	36.3

FUENTE: Elaboración propia a partir de la *Revista Mexicana de Sociología*.

En cuanto a la distribución por grandes paradigmas (clasificación que debe tomarse con reservas puesto que muchos autores no aparecen en forma tan pura como cuando uno los reduce a números a través de un código) el positivismo ha sido claramente dominante en el conjunto de la *Revista*, seguida a distancia por el marxismo y hasta el final por la hermenéutica. Sin embargo, como veremos más adelante, al analizar esta situación por períodos, el predominio positivista se rompe y queda circunscrito a los años cincuenta y sesenta fundamentalmente (cuadro 2).

* Se englobará dentro de un mismo apartado epistemología y sociología de la ciencia no porque se desconozcan sus diferencias sino porque en las corrientes actuales de reflexión sobre la ciencia resulta cada vez más difícil verlas por separado.

CUADRO 2

DISTRIBUCIÓN POR PARADIGMAS (1939-1987)

<i>Paradigma</i>	<i>Porcentaje</i>
Positivismo	58.7
Marxismo	23.2
Hermenéutica	18.1

FUENTE: Elaboración propia a partir de la *Revista Mexicana de Sociología*.

En cuanto a la nacionalidad de los autores de los artículos sobre EMT puede observarse del cuadro 3 que un poco más de la mitad corresponden a los iberoamericanos y el resto son casi todos de los países desarrollados. Estas cifras parecieran mostrar una presencia equilibrada entre la producción interna y externa, pero se verá más adelante que el nivel de profundidad de los artículos y la originalidad de estos por nacionalidad de sus autores es diferente. Los artículos de los extranjeros son comúnmente traducciones de aportes relevantes sobre EMT, previamente publicados y seleccionados por su importancia y es común que se trate de autores de prestigio internacional. En cambio en los trabajos iberoamericanos, sobre todo en los mexicanos, predominan los artículos de divulgación sin más pretensiones y el análisis crítico de autores en los de carácter epistemológico o de sociología de la ciencia.

Por lo que respecta a la distribución de temas epistemológicos, salta a la vista que, para los diferentes paradigmas, la mayoría de los problemas importantes a nivel internacional no se trataron en la *Revista* excepto

CUADRO 3

DISTRIBUCIÓN POR NACIONALIDAD DE LOS AUTORES

<i>Nacionalidad</i>	<i>Porcentaje</i>
Iberoamericanos	55.0
Otros países	45.0

FUENTE: Elaboración propia a partir de la *Revista Mexicana de Sociología*.

en algunos artículos generales. Predominan temas como los de neutralidad o no del conocimiento científico y los conceptos de historia o realidad social. Sin embargo, en el caso del positivismo nunca se trataron temas tan importantes como los de la explicación y muy poco los de ley, casualidad, método, etcétera.

CUADRO 4

DISTRIBUCIÓN DE TEMAS EPISTEMOLÓGICOS Y DE SOCIOLOGÍA DEL CONOCIMIENTO

	<i>Porcentaje</i>
Valores y neutralidad de la ciencia	11.2
Producción social de la ciencia	19.6
Ética e investigación	1.8
Ciencia y científicidad	7.1
Crisis de la epistemología	1.8
Ciencia natural y social	1.8
Concepción de conocimiento	1.8
Verdad	1.8
Concepto de historia y realidad social	21.4
Historia de la ciencia	1.8
Concepto de teoría	3.56
Concepto de dato y medición	7.14
Concepto de ley	1.8
Concepto y definición	1.8
Esencia y forma	1.8
Relación individuo-sociedad	3.56
Objetividad	1.8
Casualidad	1.8
Construcción del objeto	7.14
Totalidad	1.8

FUENTE: Elaboración propia a partir de la *Revista Mexicana de Sociología*.

En el marxismo, es interesante ver cómo la polémica tan rica acerca del concreto-abstracto-concreto y su alternativa, el abstracto-concreto-abstracto, nunca apareció en la *Revista*. En el contexto nacional fueron los economistas quienes las recogieron por su interés por el método de la economía política de Marx. En la epistemología marxista predominan los temas de concepción de historia y análisis metodológico de conceptos, sobre todo los de carácter político, buscando su especificidad latinoamericana en el período de influencia de las teorías de la dependencia después de 1966. Los temas más abstractos de la epistemología marxista como tales —totalidad, construcción del objeto, medición, entre otros— sólo se presentan hasta 1987 en un número monográfico coordinado por Hugo Zemelman. Temas clásicos como los de lo lógico y lo histórico, el punto de partida, lo abstracto y lo concreto, y la dialéctica no aparecen nunca en la historia de la *Revista*. Si la pobreza en el tratamiento de temas positivistas es grave, esta situación es definitivamente desastrosa para aquellos de carácter marxista.

En el caso de la hermenéutica, la situación no es mejor. Habiendo predominado esta óptica en la *Revista* hasta finales de los cuarenta en lo epistemológico, con la presencia de intelectuales españoles de renombre como Medina Echavarría y José Gaos, que trajeron a México al historicismo de Dilthey y de Richert, a Max Weber y a veces simpatizaron con el existencialismo de Heidegger. Los temas que trataron fueron eminentemente filosóficos y se mantuvieron en un plano completamente general como la distinción entre ciencias del espíritu y de la naturaleza, o entre comprensión y explicación, sin ofrecer una alternativa clara lo que ellos mismos concibieron como crisis de la sociología.

Cuantitativamente, la epistemología positivista se concentra más en los cincuenta y sesenta y los temas de neutralidad de la ciencia y la reivindicación de un solo método para la ciencia identificado con el experimental, son los más socorridos.

La epistemología marxista sólo se inicia a finales de los sesenta y aunque continúa hasta la actualidad no es tan concentrada como la positivista, ni mucho menos los temas abordados son amplios ni hay una visión de conjunto de la problemática (una excepción importante es el número 1 de 1987).

La hermenéutica predomina con claridad en la primera mitad de los cuarenta y aunque después se sigue presentando, no deja de repetir las consabidas diferencias entre ciencia natural y social o la determinación social del conocimiento. Nunca se profundiza sobre temas específicos de esta epistemología, y al igual que en el caso del marxismo, queda como un planteamiento general sin explorar sus consecuencias metodológicas ni mucho menos técnicas. Una síntesis provisional del aspecto epistemológico en la *Revista* hablaría de su presencia permanente en toda su historia, pero una presencia sumamente incompleta desde el punto de vista de los grandes problemas de las principales epistemologías. El lector de

la *Revista* difícilmente podría darse una idea cabal de lo que se discutía en el plano internacional, los temas no tienen una estricta continuidad ni se entablan polémicas salvo en los aspectos más generales (como la de los hermenéuticos con los positivistas acerca de las ciencias del espíritu, o de los positivistas sobre la necesaria neutralidad de la ciencia, o de Sorokin con los funcionalistas positivistas).

En lo metodológico, puede verse en el cuadro 5 cómo la situación es todavía peor que en el epistemológico. Además del pequeño número de artículos metodológicos resalta el escaso número de temas tratados, casi todos ellos de carácter muy general. Predominan aquellos artículos que buscan convencer al lector acerca de las bondades de la metodología empírica en contra de las especulaciones de la "filosofía social" como se consideraba a los sistemas prepositivistas o prebehavioristas. Aun en el caso positivista, la ausencia de temas centrales como construcción de teoría, de hipótesis, de indicadores y las estrategias de verificación en términos abstractos, saltan a la vista. En el caso del marxismo simplemente la situación es desastrosa: el aspecto metodológico no pasa en los sesenta del análisis de algunos conceptos marxistas como el de hegemonía o de reflexiones exegéticas sobre el análisis de la coyuntura.

CUADRO 5

DISTRIBUCIÓN DE LOS ARTÍCULOS METODOLÓGICOS

	<i>Porcentaje</i>
Metodología empírica	25.9
Método comparativo histórico	7.4
Método experimental	14.8
Investigación acción participativa intervención sociológica	7.4
Análisis de coyuntura	3.7
Análisis de discurso y sociedad	7.4
Método psicoanalítico	3.7
Construcción de conceptos	11.1
Construcción de tipologías	3.7
Construcción de tipos ideales	3.7
Método causal	3.7
Generalización	3.7
Concepto de límite en sociología	3.7

FUENTE: Elaboración propia a partir de la *Revista Mexicana de Sociología*.

La dispersión en la hermenéutica es todavía mayor y salvo lejanos ecos relacionados con los tipos ideales weberianos (a veces tratados realmente como tipologías positivistas) y del análisis del discurso, este aspecto está prácticamente ausente de la *Revista*.

En términos cronológicos, el positivismo metodológico aparece con fuerza desde finales de los cuarenta hasta los últimos años de los sesenta, desapareciendo prácticamente desde entonces. En el caso del marxismo aparece desde finales de los sesenta, continúa en la década siguiente y casi desaparece en los ochenta, con la excepción del número referido bajo la coordinación de H. Zemelman en 1987. La hermenéutica aparece pobremente y dispersa desde el inicio de la *Revista* hasta 1980.

En cuanto a las técnicas (cuadro 6) las de tipo estadístico rebasan ligeramente a las de recolección de información. En las de recolección de información destacan las vinculadas con el diseño de encuestas, siendo todas ellas de simple información de cómo hacerlas, más que alguna problematización o propuesta original (cuadro 7). En las técnicas esta-

CUADRO 6

DISTRIBUCIÓN DE LOS ARTÍCULOS TÉCNICOS

<i>Tipo de técnica</i>	<i>Porcentaje</i>
Recolección información	42.4
Análisis de datos	57.6

FUENTE: Elaboración propia a partir de la *Revista Mexicana de Sociología*.

CUADRO 7

DISTRIBUCIÓN DE LOS ARTÍCULOS DE TÉCNICAS DE RECOLECCIÓN DE INFORMACIÓN

	<i>Porcentaje</i>
Análisis de cohorte	4.0
Análisis de contenido	8.0
Cronologías	12.0
Historia de vida	8.0
Entrevista y cuestionario	8.0
Información y control de datos	8.0
Archivos, documentos, cartas, expedientes	4.0
Informática y bancos de datos	12.0
Encuestas	36.0

FUENTE: Elaboración propia a partir de la *Revista Mexicana de Sociología*.

dísticas predominan los artículos de sensibilización acerca de la importancia de su uso en las ciencias sociales.

Hay que hacer notar que han quedado fuera de la *Revista* muchas técnicas de recolección y análisis de datos; muchas orientaciones del análisis del discurso; la observación directa; etc. Y en la estadística destaca su contenido elemental de divulgación de técnicas que pueden ser encontradas en cualquier manual (una excepción importante son los trabajos de Fernando Cortés). La ausencia de técnicas avanzadas salta a la vista y todavía se discute el análisis de correlación y regresión en México en plena década de los ochenta.

La importancia cuantitativa de las técnicas en la *Revista* ha sido muy desigual: momento de auge alrededor de 1950, en la década de los sesenta y posteriormente en 1975, y pérdida de importancia a partir de 1978.

La conclusión provisional que permite el análisis cuantitativo de la EMT es la pobreza, dispersión y falta de originalidad de su tratamiento en la *Revista Mexicana de Sociología*.

VEREMOS AHORA UN ANÁLISIS MÁS COMPLETO DE LA EMT POR PERÍODOS A PARTIR DE 1939

II. PERÍODO 1939-1950

La *Revista Mexicana de Sociología* nació en 1939 como iniciativa del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM creado en 1930. Su primer director fue el doctor Lucio Mendieta y Núñez, el cual permaneció al frente de ella hasta 1965.

CUADRO 8

DISTRIBUCIÓN DE LOS ARTÍCULOS SOBRE TÉCNICAS MATEMÁTICAS

	Porcentaje
Uso de estadística social	54.2
Construcción de índices	12.5
Construcción de escalas	4.16
Muestreo	8.3
Regresión	8.3
Path. Análisis	8.3
Curvas y distribuciones	20.8

FUENTE: Elaboración propia a partir de la *Revista Mexicana de Sociología*.

CUADRO 9

<i>Año</i>	<i>Total</i>	<i>Positi- vistas</i>	<i>Marxista</i>	<i>Herme- néuticos</i>	<i>Episto- mología</i>	<i>Metodo- logía</i>	<i>Técnicas</i>
1939	4	1	0	3	3	1	0
1940	5	1	0	4	3	1	1
1941	4	1	0	2	3	0	0
1942	0	0	0	0	0	0	0
1943	1	0	0	1	0	0	1
1944	2	1	0	1	1	1	0
1945	2	1	0	1	0	1	1
1946	4	0	0	4	4	0	0
1947	1	1	0	0	0	0	1
1948	2	2	0	0	0	2	0
1949	3	2	0	1	1	1	1
1950	3	2	0	1	0	1	2
1951	5	3	0	2	2	1	2
1952	4	3	0	1	1	0	3
1953	1	0	0	1	1	0	0
1954	1	1	0	0	0	1	0
1955	3	3	0	0	2	1	0
1956	3	2	0	1	2	1	0
1957	0	0	0	0	0	0	0
1958	3	2	0	1	1	1	1
1959	4	3	0	1	1	0	3
1960	3	3	0	0	1	0	2
1961	2	2	0	0	1	0	1
1962	3	2	0	1	1	1	1
1963	5	4	0	1	0	4	1

CUADRO 9 (continuación)

Año	Total	Positi- vistas	Marxista	Herme- néuticos	Episto- mología	Metodo- logía	Técnicas
1964	3	2	0	1	1	0	2
1965	5	4	0	1	2	0	3
1966	3	3	0	0	0	1	2
1967	2	2	0	0	1	0	1
1968	3	1	2	0	1	1	1
1969	2	1	0	1	1	1	0
1970	2	1	1	0	1	0	1
1971	4	3	1	0	1	0	3
1972	1	0	1	0	0	1	0
1973	1	0	0	1	0	1	0
1974	2	1	1	0	1	0	1
1975	7	3	2	2	4	0	3
1976	1	1	0	0	0	0	1
1977	4	2	1	1	1	1	2
1978	3	2	0	1	0	1	2
1979	5	1	3	1	0	4	1
1980	1	0	0	1	1	0	0
1981	1	1	0	0	0	0	1
1982	1	1	0	0	0	0	1
1983	2	0	2	0	2	0	0
1984	0	0	0	0	0	0	0
1985	0	0	0	0	0	0	0
1986	0	0	0	0	0	0	0
1987	14	3	11	0	8	3	3

FUENTE: Elaboración propia a partir de la *Revista Mexicana de Sociología*.

Desde el punto de vista epistemológico, el período de 1939 a 1950 se caracteriza por el predominio de las corrientes hermenéuticas traídas a México por exiliados españoles después de la guerra civil y que engarzaron con la tradición vitalista mexicana iniciada desde el siglo pasado como reacción al positivismo y al spencerianismo. La hermenéutica manifestada en los primeros años de la *Revista* se significó por una elevación del nivel del discurso filosófico con respecto al de los antipositivistas mexicanos de la primera parte de este siglo. El conocimiento y rigurosidad de Medina Echevarría, José Gaos y Recasens Siches se plasmaron en los primeros números de esta publicación, discutiendo en ellos a los historicistas alemanes, a Max Weber y a Heidegger principalmente.

Desde el siglo anterior, Dilthey había rechazado al positivismo de Comte y de S. Mill. El fundamento de la polémica con el positivismo era respecto de la naturaleza de las ciencias del espíritu. Para los historicistas, ciencias de la experiencia interna, de los hechos de conciencia, que no pueden ser directamente observados sino interpretados a partir de sus signos externos. Con ello, neokantianos y neofihiteanos (Windelband, Rickert) rechazaban que se pudiera adjudicar el método de las ciencias naturales a las del espíritu.

Para Dilthey, el mundo del espíritu no podía ser considerado mera representación o conciencia, sino específicamente vida; es decir, el campo de lo histórico no sería sólo lo interno no observable sino las relaciones vitales. Este espacio sería privativo de las ciencias del espíritu que se distinguirían de las de la naturaleza por la intervención de la voluntad. Asimismo, la tarea de las ciencias del espíritu y las de la naturaleza sería diferente. A las primeras les tocaría captar el sentido de las acciones y las vivencias, es decir, establecer la conexión de actos con fines y valores; en tanto que a las de la naturaleza les correspondería explicar a partir de variables observables directamente.

De esta forma, el método de las ciencias del espíritu sería la comprensión o "revivencia" en el sujeto que conoce los motivos del actor. La mejor técnica sería la autobiografía, porque sería la más apegada a la vivencia en la que el sujeto trataría de conocerse asimismo (aunque la autobiografía no evitaría la necesidad de la comprensión).

La influencia del historicismo, la fenomenología y el existencialismo en las ciencias sociales de este siglo ha sido importante. Por ejemplo, en la antropología, la escuela de Cultura y Personalidad (a través de Spengler y en relación con la teoría del *gestalt* y el psicoanálisis de Freud y Jung) se manifiesta en M. Mead y Benedict con su concepto de cultura y sus opciones metodológicas y técnicas. Así, se considera que los valores culturales son actuados inconscientemente y que no están sujetos al método experimental —porque cultura y personalidad no podrían ser observados— sino a algo interno (incluso situados en el inconsciente) que hay que comprender a partir de signos externos. Esta concepción sirve para negar la utilidad del cuestionario y la encuesta y preferir las técnicas

psicoanalíticas del Rorschach y la apercepción temática en unos y en otros la observación participante y la observación empática.

También en la psicología (psicoanálisis), la sociología (interaccionismo simbólico y etnometodología) y el análisis del discurso es posible rastrear las huellas de los hermenéuticos aunque no en forma pura.

También es posible reconocer la comunicación entre opciones hermenéuticas, métodos y técnicas en las grandes corrientes internacionales, así como su polémica con el positivismo antiguo y el moderno. Hacia mediados de este siglo, en el período que ahora nos ocupa, las corrientes hermenéuticas en la sociología habían quedado opacadas por las positivistas; sin embargo, la hermenéutica que se expresó en la *Revista Mexicana de Sociología*, en esta época, fue casi toda en el nivel filosófico. No fue la de las corrientes en ciencias sociales y nunca quedó clara la conexión entre concepción de la relación sujeto-objeto, teoría en la ciencia social, métodos y técnicas. Desde el primer número de la *Revista*, L. Recasens Siches (número 1 de 1939) estableció su crítica al positivismo y al romanticismo y se declaraba partidario de Ortega y Gasset y de Heidegger, “lo social es algo humano cuya esencia no puede ser suministrada por explicaciones causales y métodos cuantitativos”, “porque lo humano a diferencia de la naturaleza no puede ser explicado por causas sino entendido en su sentido”. “Lo humano constituye un reino ontológico diverso y heterogéneo del mundo de lo natural”, reivindicado a un M. Weber hermenéutico.

De la misma forma José Gaos (número 3 de 1939) declaraba que la sociedad y sus individuos son el todo y las partes de un orden completamente diferente al de la naturaleza; los individuos se necesitan y presuponen vitalmente. También José Medina Echavarría (número 4/5 de 1939) hizo un balance de la sociología del conocimiento y de la cultura en la literatura alemana en un sentido semejante.

Los intelectuales españoles y otros mexicanos como Emilio Uranga (número 2 de 1946) seguirán con estas temáticas durante la década de los cuarenta y todavía en los cincuenta. Pero la influencia dominante de esta corriente se ubica sobre todo en los primeros años de la *Revista*. Parte de su debilidad en creación de alternativas de investigación social fue su desempeño en el plano filosófico o de la gran teoría social, entablando polémicas sin interlocutor con Comte o con Durkheim, mientras en otro plano avanzaba la investigación empírica de corte positivista.

Desde el inicio de la *Revista*, la visión naturalista de la sociología estuvo presente, aunque de manera inconsecuente, con el propio Mendieta y Núñez. En el primer número (1 de 1939) éste establecía que “Las leyes que rigen los fenómenos sociales son, en esencia, de la misma índole que las leyes que determinan los fenómenos del mundo físico”, y planteaba con timidez un programa para la sociología en México en tanto “empirismo científico” que “esté sujeto a rigurosos procedimientos de observación, de experimentación, de análisis, de estudios”. Sin embargo, la estatura intelectual de los españoles era muy superior a la de este primer

director de la *Revista*, y la cultura sociológica mexicana seguía influida por el antipositivismo de Antonio Caso, la antropología filosófica de Samuel Ramos, por Vasconcelos y Francisco Larroyo como para que el programa de Mendieta y Núñez se impusiera de inmediato. Además, la investigación de campo que se hacía en México en ese momento era poco sociológica en comparación con la descriptiva etnológica: los sociólogos profesionales no existían. Abogados, antropólogos y filósofos dominaban el ambiente de la incipiente reflexión en sociología.

A pesar de lo indiscutible de la calidad de la reflexión hermenéutica y del rescate que se hacía a veces de Heidegger, la polémica con el positivismo era atrasada y en ningún momento apareció como rival el poderoso positivismo lógico que ya dominaba en los países de habla inglesa y a la sociología empírica; el rival era débil, el positivismo del siglo pasado, en contra del cual se había constituido desde antes toda una escuela mexicana. En esta medida, los hermenéuticos de los cuarenta fueron incapaces no sólo de criticar sino de ofrecer una alternativa a la sociología empírica de corte norteamericano que llegó a México en esa década, primero con timidez, disfrazada de técnica de investigación y diez años después disputándole a los hermenéuticos la preeminencia en la epistemología.

La debilidad de la hermenéutica en México quedó plasmada en su impotencia metodológica y técnica. En los primeros años de la *Revista* sólo aparecen dos artículos que vale la pena mencionar. Uno es el de H. Becker, (número 4/5 de 1939), acerca de la construcción de tipos en ciencias sociales. En este excelente trabajo, el autor se opone a la visión positivista al considerar a la sociedad concreta como irrepetible, específica y única (aunque no se oponga a las generalizaciones); asimismo, niega la posibilidad de la experimentación en sociología y plantea la solución weberiana de los tipos ideales, como tipos construidos en donde ninguno se ajusta al ejemplo; los valores del investigador determinan la construcción de los tipos y propone el experimento ideal para la comprensión. El otro artículo es de S. Riemer (número 1 de 1943), acerca de la cuantificación en los estudios criminológicos donde muestra una de las transiciones de Weber hacia el positivismo, al tomar la idea de tipo ideal sólo en su aspecto formal, al saltarse el problema clave de la comprensión y plantearse el problema de la cuantificación del tipo ideal.

El positivismo estuvo presente en la *Revista* desde su primer número, pero al principio llegó como propuesta metodológica y técnica de la sociología empírica norteamericana. En los cuarenta, los artículos que reivindican esta perspectiva son de difusión sobre lo que significa hacer investigación empírica (que se identifica con uso de encuestas y de estadística social) sin ninguna profundidad (al profundizar hubieran seguramente encontrado respuesta de los intelectuales hermenéuticos de peso); es decir, el neopositivismo se introdujo vergonzosamente en México como técnica. A partir de 1947 la *Revista* empezó a publicar como artículos los capítulos del libro de Pauline V. Young, *Métodos cuantitativos en la*

investigación social, que fue el primer manual de metodología y técnica positivista publicado en México. En este tipo de manuales de investigación, como es la costumbre, se propone un solo método de investigación, sin profundizar acerca de sus supuestos de realidad y epistemología, haciendo pasar a dicho método como único y natural. La reflexión de fondo es sustituida por la regla de cómo hacer, la razón instrumental de que habla Habermas se impone también en la metodología de la ciencia social.

En los capítulos más metodológicos del libro de P. Young (número 1 de 1952) se ponen ejemplos de cómo investigar una institución social; la vida de comunidad de una área urbana, introduciendo subrepticamente el positivismo en la metodología y al funcionalismo en la teoría como algo natural.

Fue sobre todo con las técnicas que se introdujo el funcionalismo y el positivismo en la metodología. Lucio Mendieta y Núñez fue el abanderado de esta cruzada a través de artículos (por ejemplo, número 3 de 1943) en los que en forma por demás elemental y superficial se mostraban las bondades de la estadística social. Así, se consideraba que las ciencias sociales buscan la precisión matemática para ser ciencias y esta precisión la obtienen de la estadística, la cual se presentaba como imprescindible “en toda investigación social” y que “todo estudio serio de los fenómenos sociales es cuantitativo”. Con gran superficialidad, el autor mezclaba citas de pensadores de renombre sacándolas de contexto y esgrimiéndolas como juicios de autoridad en sus apreciaciones. En ningún momento se atrevió a disputar con los sólidos hermenéuticos que colaboraban en la *Revista* ni tampoco mostró ningún conocimiento de las disputas internas del neopositivismo, simple adopción valorativa en los aspectos operativos sin ninguna profundidad.

En el número 1 de 1944, F. Stuart Chapin buscaba sensibilizar al lector acerca de las bondades de la investigación empírica de corte norteamericano; asimismo, el artículo de S. A. Queen (número 2 de 1945) fue la primera exposición sistemática de una técnica de recolección de información, pero el cambio decisivo se dio a partir de 1947 cuando se empezó a publicar el manual de metodología y técnicas de Pauline V. Young (número 3 de 1947). En su primera parte, la autora planteaba a la encuesta como el instrumento sociológico por excelencia. En este texto, como sucede en los manuales del género, se evita la discusión de fondo y se trata de convencer a partir de la ilustración de cómo estos procedimientos han funcionado en los Estados Unidos; se reseñan grandes encuestas y de manera encubierta se va introduciendo una serie de supuestos acerca de la investigación social, como: la realidad es lo observable; la ciencia debe implicar cuantificación y precisión, hay que evitar la “filosofía social” de los primeros sociólogos (Comte, Durkheim, Weber); las otras técnicas como las historias de vida o la observación participante no poseen confiabilidad, y la teoría social por excelencia es funcionalista. Todo esto sin polémica abierta y de altura, y a través de la ejemplificación y de las

normas que tampoco se discuten (expresiones como “toda investigación científica debe...”). Por ello hemos afirmado que la edición por partes del libro de Young fue la punta de lanza del positivismo en la *Revista Mexicana de Sociología* que se coló como técnica, mientras los viejos hermenéuticos seguían combatiendo con molinos de viento sin encontrar interlocutor nacional.

En este libro, P. Young no sólo nos habla de técnicas sino que introduce como “método científico” al hipotético deductivo, adoptando la definición positivista de unidad de la ciencia y del método, que retoma de K. Pearson en *The Grammar of Science* (“La unidad de toda ciencia depende del método”); asimismo, adopta el ideal positivista de ciencia neutral cuando propone realizar encuestas “sin emoción”, “sin compromisos”, “exactas” (número 2 de 1948). Con gran candor, en este manual se resuelven los problemas de la neutralidad de la ciencia, o el de la relación sujeto-objeto que en forma tan profunda había considerado la fenomenología de Husserl, para recomendar simplemente ser cuidadoso en la aplicación de los cuestionarios (número 3 de 1948), sin pasar de las conocidas ventajas y desventajas operativas de las preguntas abiertas o cerradas.

Para 1950, la batalla contra los filósofos hermenéuticos ya estaba ganada; la suerte se decidió no en el enfrentamiento franco de posiciones sino en los lenguajes inconmensurales y la conformación de auditorios diferenciados. El libro de Young siguió publicándose en niveles cada vez más operativos: análisis de la construcción de cédulas y cuestionarios con todo el recetario que se acostumbra en estos textos (número 1 de 1949), el vínculo entre encuesta y técnicas estadísticas de análisis de datos: “Debe tenerse en cuenta que el desarrollo de toda ciencia se caracteriza por el grado en que los datos y procedimientos cuantitativos y exactos sobrepasan a la simple especulación y a las imposiciones cualitativas”, dirá la Young sin demostración alguna (simple norma autoritaria) “A medida que las ciencias sociales avanzan de los estados impresionistas y cualitativos, los métodos estadísticos se van haciendo cada vez más importantes (José Gómez Robledo, número 1 de 1950). La serie de artículos de la autora se extiende a la década de los cincuenta: análisis de correlación, muestras y series en el tiempo (P. Young, número 3 de 1950); escalas sociométricas (número 2 de 1951); aplicaciones funcionalistas a un grupo cultural (número 3 de 1951). Operacionalismo y neutralidad de la ciencia se logran a través de un instrumento bien construido: “Una escala sociométrica es un instrumento de precisión, como un termómetro”, “una enfermera negra o blanca obtendrá los mismos resultados al tomar la temperatura de un determinado paciente, si se usa un termómetro estandarizado. De la misma manera, dos o más observadores pueden obtener resultados semejantes si miden los mismos factores sociales en escalas sociométricas estandarizadas” (número 2 de 1951). La reflexión de los fundamentos ha sido sustituida por la razón instrumental, puesto que operar es lo fundamental. Ni una

palabra del problema de la percepción y su relación con la cultura; lo empírico es lo dado; ni el menor asomo de problematización acerca de la relación entre concepto teórico, indicador e instrumento, simplemente, la definición del concepto debe ser operacional: se define por el instrumento. El consenso y la coerción, la antinomia se vuelve un conjunto de preguntas de un test, como el coeficiente de inteligencia. Ni una palabra acerca de la distancia entre discursos científicos y comunes ni tampoco del problema del significado del discurso en la mente de los entrevistados, simplemente la realidad está a la vista, lo que se responde con depuraciones obvias es la verdad. Supuestos de realidad atomizada, de individualismo y behaviorismo sociológico se introducen en las reglas. Ya lo decía Khun,¹ los manuales (en este caso de metodologías y técnicas) son los reproductores de paradigmas para los espíritus mediocres, en ellos la racionalidad que se encuentra detrás tiende a aparecer como natural, como la única y sin enigmas importantes. El manual es la síntesis de la razón instrumental que acepta como dada una racionalidad, es lo opuesto a la conciencia crítica y a la problematización.

En 1950 apareció por primera vez en la *Revista* un estudio empírico riguroso atendiendo a esta perspectiva. José Gómez Robledo (número 1 de 1950), hace el análisis de contenido del tercer informe presidencial de Miguel Alemán.¹ En este trabajo se aplica la metodología tipo Berelson para el análisis de discursos políticos consistente en la medición de frecuencias (pretendiendo que frecuencia es igual a intensidad de contenido) de palabras o de frases; luego se buscó por correlación y regresión establecer el vínculo entre contenidos. Supuestos implícitos en este tipo de técnica serían los siguientes: el dato es lo dado y observable en el discurso; la frecuencia de aparición de palabras o frases de acuerdo a un código es lo que permite definir el contenido de un discurso; no se considera lo latente, sólo lo manifiesto en el discurso, puesto que, por no ser observable, lo latente resulta metafísica.

En síntesis, durante el período 1939-1950, en el plano de la epistemología, predomina con claridad el historicismo, el neokantismo y el existencialismo que logra brillantes elaboraciones a través de intelectuales de gran talla. Estas posiciones no encuentran rival cierto, ni en el marxismo ni en el positivismo. Pero las corrientes hermenéuticas presentes con brillantez en la *Revista* no encontraron interlocutor ni expositor en el plano metodológico ni en el técnico, dejando éstos al positivismo. En el nivel en que se presentó la hermenéutica en la *Revista*, no hacía sino reproducir, sin ofrecer alternativas, antiguas discusiones que en otros contextos hacía tiempo habían sido vencidas por el positivismo. Es decir, en la forma como se presentó esta perspectiva resultaba anacrónica y paralizante para la investigación científica. A lo sumo tuvo su correlato durante la deca-

¹ Tomas Khun, *La estructura de las revoluciones científicas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1976.

dencia en los cuarenta en la investigación etnográfica indigenista, la cual a la vuelta de la década dejará su lugar a los estudios sociodemográficos.

El positivismo, corriente opuesta a la hermenéutica de la *Revista*, se introdujo tímidamente y con retraso en los cuarenta sin dar la batalla abierta en el plano de la relación sujeto-objeto; no aparecen todavía (un gran atraso respecto de Europa y los Estados Unidos) las discusiones sobre la lógica de la investigación científica. El positivismo entró como técnica y prosperó ante la impotencia y atraso de los hermenéuticos; su difusión fue favorecida por la dirección de la *Revista*, la cual opta por el convencimiento práctico y la edición del manual de Pauline Young que hemos mencionado. En todo este período, el marxismo está ausente, no se presenta ni siquiera como lógica dialéctica o filosofía de la historia como se acostumbraba en la época de Stalin.

Desfase epistemológico en todos los paradigmas, ausencia de discusión metodológica o técnica seria, falta de originalidad, predominio del artículo de crítica, de difusión de autores o de técnicas, es la síntesis del período.

III. PERÍODO 1950-1966

En este período se imponen el positivismo y el funcionalismo, aunque no en forma pura, y las tradiciones vitalistas y hermenéuticas siguen pesando en el plano de la epistemología. La llegada de las técnicas cuantitativas coincide con la del funcionalismo (G. Germani, número de 1950). Continúa el diálogo de sordos entre hermenéutica y positivismo: la primera insiste en la diferencia entre ciencias de la naturaleza y del espíritu (J. Villanueva, número 1 de 1951) en tanto que las nuevas técnicas empiezan a aplicarse en los estudios sociodemográficos, que aparecen en abundancia, así como en los estudios criminalísticos. Condiciones económicas familiares, natalidad, mortalidad, tablas de vida, etc., estudios que en su traducción latinoamericana comúnmente asimilan el método hipotético deductivo, las técnicas cuantitativas y el uso de encuestas.

En la epistemología, la hermenéutica sigue presente, pero en general, en forma atrasada, se continúa discutiendo con el viejo positivismo: Katssof refuta a Durkheim al considerar los hechos sociales como cosas (L. O. Katssof, número 3 de 1954) o se plantea dentro de la sociología del conocimiento la presencia de los valores sociales o la ideología en la ciencia (F. Gross, número 2 de 1954 y J. S. Roucek, número 1 de 1956).

En cambio el positivismo epistemológico, en la forma de lógica de la investigación científica moderna, hace su aparición formal con el artículo de Sicard (número 2/3 de 1955). A diferencia del período anterior en que no se enfrentaba la distinción hermenéutica entre ciencias naturales y del espíritu, aquí se plantea con rigor que hay que conformar una sociología que sea tan experimental como se pueda, que el ideal de la ciencia

es la matematización, que hay que separar filosofía e historia de sociología, que hay que demarcar entre ciencia y metafísica; incluso se rechaza la sociología de Comte como filosofía por su escaso componente empírico: “su obra se sitúa en el cielo de las ideas y no en el de las realidades terrestres”, “la sociología empírica actual es sólo transitoria hacia lo experimental”. Asimismo, dentro de esta tónica, S. A. Queen (número 2/3 de 1955), considera al concepto de causa como metafísico puesto que no se puede verificar ni observar directamente y propone sustituirlo por el de secuencia, concomitancia o correlación, de la misma manera, dentro de la ortodoxia positivista sin recuperación alguna de Popper se considera al conocimiento científico acumulativo y en constante progreso (N. Kusnezov, número 3 de 1960 y J. R. Ophenheimer, número 2 de 1960).

Al positivismo riguroso se opone ahora el rigor de un P. A. Sorokín (número 3 de 1960) que contrasta con lo rudimentario del tratamiento de estos temas por Mendieta y Núñez y Uribe Villegas.

En síntesis, en la epistemología del período comienza a exponerse la lógica de la investigación científica de los años veinte y treinta, situación desconocida en el período anterior. Sus expositores son extranjeros, y mientras, en la producción nacional continúa la línea de mostrar las bondades de la estadística social sin engazarla con los temas profundos del conocimiento.

Aunque el positivismo se va imponiendo, resaltan dos peculiaridades importantes: primero, ésta imposición no es pura, pesa todavía la tradición vitalista e historicista. Uribe Villegas tiene esto claro; siendo el principal exponente de la divulgación de la estadística social, lo realiza en tensión con su antigua formación e influencias de los años cuarenta: así, considera que no se puede aplicar la estadística simplemente como si los fenómenos sociales fuesen idénticos a los naturales; esto implica la necesidad de contar en forma diferente y en tratar de no atomizar la realidad. Sin embargo, el proyecto de Uribe Villegas de crear una estadística que distinga entre ciencias sociales y de la naturaleza se quedó en simple enunciado o en soluciones simplistas que no agregan nada a la estadística indistinta; como por ejemplo, sus reflexiones acerca de la media estadística que “sintetiza dialécticamente lo individual y lo social”, que no resuelve para nada el problema de la atomización de la realidad puesto que la media es simple suma de los individuos aislados dividido entre su número total. Y cuando propone ponderar a los individuos y potenciar las sumas sigue sin resolverse el problema de la correspondencia individuo-relación social porque siguen indeterminadas estas ponderaciones. Sin embargo, hay que reconocer que en Uribe Villegas (números 2 de 1959 y 1 de 1960) existe al menos la conciencia de que los problemas de la sociología no se resuelven simplemente por la adopción de técnicas estadísticas. No obstante esta conciencia, brillan por su ausencia en este autor —que es el más representativo del período— el conocimiento profundo y la diversidad de los temas epistemológicos y metodológicos que

se discutían internacionalmente. En general priva la conseja y la tradición de Mendieta y Núñez de juntar frases de autores contrapuestos fuera de contexto, utilizándolos como juicios de autoridad.

La ausencia en autores mexicanos o extranjeros de la mayoría de los temas discutidos 25 años antes por el neopositivismo salta a la vista. Hay sin duda rigurosos trabajos de extranjeros sobre la temática, pero aspectos como el carácter de las teorías científicas o el de las hipótesis o indicadores están ausentes. Además, el neopositivismo llegó propiamente a México en los cincuenta, cuando en sus lugares de origen entraba en una profunda crisis. En este período, para nada se introduce la polémica de Popper con respecto a la inducción —el panorama sigue anclado en el verificacionismo— ni mucho menos aparecieron las críticas de Khun al positivismo ni la polémica Khun-Popper que se escenificaba en Europa en esa época. Ni qué decir de las disputas marxistas de los momentos posteriores a la muerte de Stalin. Las corrientes Dellavolpiana, Althusseriana, de la nueva Escuela de Frankfurt, de la escuela de Budapest, la producción de los países socialistas en general y del marxismo occidental, están ausentes. Es decir, mientras el mundo de la epistemología se convulsionaba en una profunda crisis, en México se exponían posiciones de los años 20 sin rubor como si el mundo se hubiera detenido 30 años antes. El fervor por la verificación empírica desconocía que el positivismo había reconocido finalmente, con la teoría de los dos lenguajes de la ciencia de Carnap, que ésta puede trabajar con conceptos no directamente observacionales a condición de traducirlos en observables; que este intento de traducción tenía su exponente más riguroso y fallido en Bridgman con su propuesta operacional; que habían surgido en los Estados Unidos perspectivas no operacionales como las de Lazarsfeld; que no era posible sostener la neutralidad del dato. Se desconocían las propuestas y críticas de Khun acerca de la debilidad de la verificación como criterio de permanencia de una teoría científica; que éste había introducido en una original síntesis entre historia de la ciencia y epistemología elementos extralógicos que resultaban determinantes en la aceptación de una teoría; que la lucha entre paradigmas hablaba de estos elementos; que estaban presentes siempre los valores y preferencias de la comunidad científica; que las teorías crean sus propios datos, y que éstos resultan inconmensurables entre teorías.

En el caso del marxismo, en este período ni siquiera la lógica dialéctica de Eli de Gortari aparece. No existe para la *Revista Mexicana de Sociología* el problema del concreto-abstracto-concreto como alternativa marxista al método, ni la contrapropuesta de Althusser ni tampoco las reflexiones acerca del punto de partida o de la relación entre lo lógico y lo histórico, o entre lo abstracto y lo concreto, ni tampoco sobre la totalidad. La polémica del positivismo en la sociología alemana protagonizada entre los seguidores de Popper y Adorno pasó de noche; la obra de Kosik o de Agnes Heller llegó hasta los setenta. Es decir, dentro del avance que significó discutir propuestas positivistas de este siglo, la *Revista*

se mantuvo con un gran retraso en una época en que las concepciones sobre la ciencia se transformaban rápidamente y cuando un retraso de 20 o 30 años equivalía a siglos.

En la metodología y las técnicas se continúa dentro de la tónica ya expuesta para fines de los años cuarenta: exposición sin profundidad de la conveniencia de la investigación empírica y de rudimentos de técnicas cuantitativas. El positivismo en la metodología se impuso sin rival ante la certeza de que la vaguedad hermenéutica conducía a un callejón sin salida (E. Greenwood, número 2 de 1983, A. Poviña, número 3 de 1963 y Uribe Villegas, número 2 de 1959).

Se sigue promoviendo la estadística social y a pesar de las intenciones críticas de Uribe Villegas a lo sumo se hacen artículos de divulgación de las técnicas más elementales: correlación, regresión, medias, bajo consideraciones tan ambiguas como que la ciencia debe eliminar la vaguedad ("la evolución de la ciencia va de lo vago a lo exacto"); confundiendo abstracción con generalización, no obstante que se critica el uso indiscriminado de las estadísticas o el hacer sólo estudios clasificatorios o descriptivos (R. Benítez Zenteno, número 2 de 1961).

Cuando la "sociología empírica" llegó a México ya tenía un largo camino desde principios de siglo, sobre todo en los Estados Unidos.

El vínculo entre positivismo y sociología empírica estadounidense se dio a través del operacionalismo, que tenía como antecedentes el uso de la estadística social en la universidad de Columbia por Giddings (1909). Esto llevó a afinar la concepción estadounidense de la sociología como ciencia cuantitativa. Sus principales exponentes fueron Ogburn, Chapin y Odum y se expresaron en la *American Journal of Sociology*. De ahí a la definición del cuestionario cerrado como la técnica por excelencia de la sociología había un paso. Gran desarrollo se dio del Survey Research. Ogburn, Zetterberg y Stouffer, formados en el empirismo lógico, se adhirieron al inductivismo de la primera versión del círculo de Viena y al verificacionismo. En la teoría, esta posición se vio compaginada con el individualismo sociológico de Lazarsfeld (su teoría empírica de la acción centrada en decisiones individuales contextualizadas), Campell, Boudon, Goodman y Coleman. En esta primera etapa de la sociología empírica estadounidense, el cuantitativismo se relaciona con el rechazo a las teorizaciones muy abstractas o grandes teorías y con el behaviorismo (que niega conceptos no observacionales como el de conciencia), al pragmatismo (conceptos observables útiles) por influencia en los Estados Unidos de Pierce. Pero el vínculo epistemológico más riguroso fue el operacionalismo de Bridgman, quien definió a un concepto teórico por las operaciones a realizar para su observación, prescribiendo que todos los conceptos de la ciencia deberían definirse en forma operacional. Lundberg, Dood y Ogburn retomaron estas ideas y consideraron que la operación (medición) puede sustituir en la teoría y en esa medida los conceptos de la sociología se definieron por un conjunto de *items* de un cuestionario.

Sin embargo, la sociología empírica estadounidense sufrió las dudas del neopositivismo en su transformación. Primero, en los cincuenta, Lazarsfeld (en consonancia con la teoría de los dos niveles del lenguaje científico de Carnap, uno teórico y otro observacional) introdujo la pertinencia de los inobservables a través de su concepto de estructura latente, y su propuesta de construcción de índices es diferente a la del operacionismo. Lazarsfeld es probablemente el mediador entre investigación empírica estadounidense y las grandes teorizaciones que habían permanecido relativamente separadas durante decenios. Otro personaje de mediación es sin duda Merton, con sus teorías de alcance medio.

En los sesenta, la contradicción entre teoría o modelo teórico e investigación empírica en la sociología estadounidense no se presenta como exclusión sino como relación a resolver metodológicamente. Aquí aparecen las consideraciones de Blalock que reivindica un deductivismo verificativo (el hipotético deductivo sofisticado metodológicamente). Sin embargo, hasta entonces, tampoco las matemáticas se habían preocupado por desarrollar sistemas numéricos apropiados para las ciencias sociales. A partir de los sesenta la tendencia es hacia la modelística matemática: Hanary (Teoría de grafos, 1965); Bartholomew (Modelos estocásticos, 1967); Lazarsfeld (Estructura latente, 1968); Tyron Cluster (Path Analysis, 1970); Mayer (Análisis de espectros, 1973); Skinnar (Cadenas de Markow, 1979), Boudon y Rapport (Teoría de juegos, 1980). Toda esta polémica interna y transformación de la forma de hacer sociología empírica pasó nuevamente de noche en México, se recogieron sus aspectos más elementales y superficiales, no se siguió la polémica en los Estados Unidos, se mezclaron propuestas, se les presentó como simples recetas, se optó por ellas como moda y se les eliminó con la misma superficialidad con que fueron adoptadas cuando las condiciones cambiaron a partir de 1966.

IV. EL PERÍODO DEPENDENTISTA (1966-1982)

La llegada a la dirección de la *Revista* del doctor Pablo González Casanova significó un cambio radical respecto a la orientación positivista y funcionalista de ésta. Todo esto coincidió con el auge del dependetismo clásico, aquel de Faletto, Cardoso, Stavenhagen y del propio González Casanova. Aunque el funcionalismo siguió apareciendo en la *Revista*, es ahora otro de factura latinoamericana como el de Germani y Di Tella. Éste es posiblemente el período más brillante de la *Revista*, tanto por la originalidad de sus elaboraciones que dejaron de ser repetición de la reflexión en los centros, como por lo intenso de la polémica. El esfuerzo del pensamiento latinoamericano por la creación original de un marco interpretativo general a partir de las relaciones entre el centro y la periferia nunca había alcanzado tal nivel.

Entre 1966 y 1970 aparecieron en la *Revista* algunos de los estudios

más importantes de las teorías de la dependencia, pero lo epistemológico-metodológico y técnico explícito pasó a un plano marginal. No es que la preocupación metodológica estuviera ausente, pero aparecía en la forma de búsqueda de la especificidad del capitalismo latinoamericano, en la acuñación de conceptos originales, en fin, en "estado práctico", más que como epistemología o metodología explícita. Cuando esto sucedió, se vinculó con la genérica idea marxista de reconstrucción de la totalidad, en relación con lo concreto latinoamericano, sin asimilación plena de la moderna polémica marxista europea que llevaba al menos 10 años, sin entrar nuevamente en confrontación explícita con el positivismo, salvo en su versión de teoría de la modernización o en la negación también teórica de leyes universales de cambio social o de etapas necesarias de cambio.

De 1970 a 1976, la presencia de la dependencia continúa, pero matizada por la abundancia de estudios sociodemográficos que se habían iniciado desde la etapa positivista. En estado práctico, se vuelve al énfasis en la cuantificación, aunque inspirados estos estudios en posturas dependencistas. En este subperíodo no hay un eje claro desde el punto de vista metodológico: aparecen lo mismo propuestas de cómo cuantificar, hasta las de investigación acción de Fals Borda. Sin embargo, resulta sintomático del no retorno a los cincuenta el que Uribe Villegas, campeón de las técnicas estadísticas, ahora se dedique a las teorías lingüísticas sustantivas. Sociolingüística y otras corrientes del análisis del discurso aparecen en los primeros años de los setenta, pero se presentan como campo especializado de estudio más que como alternativa de grandes teorías sociales, de tal forma que sus implicaciones hermenéuticas en la epistemología, metodologías y técnicas pasan inadvertidas en este momento en México. Si bien el período dependencista tuvo la virtud de crear un pensamiento teórico latinoamericano de gran originalidad, truncó la discusión con el positivismo y con las grandes corrientes internacionales de la EMT. Esta polémica se retomó muy tardíamente hacia 1980.

A partir de 1976, la línea iniciada con claridad en 1966 es retomada por la *Revista* y ésta se prolongó hasta 1983. Al influjo de los intelectuales latinoamericanos refugiados y desde la derrota de los regímenes parlamentarios y la instauración de dictaduras militares, la polémica dependencista se vuelve más dura; sin embargo, tampoco hay un interés explícito sobre la EMT. En este momento, la presencia marxista es notable y nuevamente se pone énfasis en las especificidades latinoamericanas y en la creación conceptual concreta: conceptos como los de clases sociales, Estado, dependencia y fascismo se discuten en su connotación latinoamericana, reivindicándose la noción marxista de totalidad. Sólo hasta 1980 aparecen las polémicas entre Popper y Adorno (20 años después de que se produjeron) y nuevamente Khun.

En sociología de la ciencia, destaca en este largo período (1966-1982) el número monográfico de enero-marzo de 1975 en el que se hace un balance acerca de la sociología de la ciencia en América Latina y aparece

un excelente ensayo acerca de lo que eran enfoques actuales sobre la temática (S. S. Blume, número 1 de 1975). En este trabajo el autor enfrenta las posiciones de Merton acerca de la ciencia como subsistemas autónomos normados por el universalismo, el desinterés, el escepticismo y la comunidad, con la perspectiva de programas de investigación de Lakatos. Asimismo, en este mismo número, Rose combate al positivismo en cuanto ciencia neutral y adopta la posición marxista de relación ciencia-ideología, asimilándola al relativismo Khuneano. Habría que reconocer, que si bien la polémica sobre el método es poco importante en el período, la calidad de los trabajos latinoamericanos sobre el tema son muy superiores a los de la etapa anterior. Hay dos grandes temas epistemo-metodológicos importantes: la discusión sobre el concepto de historia en Marx (Carlos Pereyra, número 4 de 1977 y Bertha Lerner, número 4 de 1983) con predominio de las posiciones no reduccionistas; y los problemas del análisis de coyuntura política tan importantes para América Latina (Francisco Delich, número 1 de 1979).

Sólo cuando la dependencia como teoría decae, vuelven los temas internacionales de la epistemología a aparecer (René A. Mayorga, número 1 de 1984 y Rosalba Casas, número 3 de 1980). Cabe señalar en este tema que la originalidad que se presentaba en la creación conceptual en estado práctico no dio origen a ningún estudio explícito de epistemología que fuera más allá de la sistematización de los que se decía en otras regiones. La influencia y el interés por el marxismo no se plasmó en una reflexión epistemológica de un nivel semejante a la teórica.

En este sentido la importante polémica Colletti-Althusser no encontró expresión en la *Revista* ni mucho menos la reflexión de Habermas en su intento de reconstruir el materialismo histórico. Grandeza y miseria de la dependencia que en su originalidad sirvió también para aislarnos en muchos sentidos de la polémica y las grandes corrientes internacionales, como si estas no fueran pertinentes para América Latina.

En metodología, es hasta 1968 cuando aparece un trabajo marxista del tipo que abundarán en el período, discutiendo el método de Gramsci en un sentido en el que es imposible separar metodología de teoría (A. Pizorno, número 1 de 1968, H. Zemebman, número 3 de 1979, René Mayorga, número 3 de 1979). Resultan ilustrativos de la intención de búsqueda de alternativas al método hipotético deductivo a partir de una perspectiva reconstructivista, pero también de su escaso desarrollo en este período, los trabajos de Liliana de Riz y de Hugo Zemelman. La primera aborda el problema del análisis de coyuntura política (Liliana de Riz, número 1 de 1977), para la condición latinoamericana, reivindicando la especificidad de nuestro subcontinente y planteando la necesidad de traducirlo en conceptos propios. Además, hace un esfuerzo por ir más allá de esta pretensión dependantista, estableciendo la necesidad de superar las descripciones y hacer nuevas síntesis teóricas, avanzando en esta búsqueda popperianamente por errores. Asimismo, se opone al método en sen-

tido abstracto positivista como criterio de cientificidad. Es posible atisbar en este trabajo destellos de esa necesaria y ausente conciencia epistemometodológica, al enfrentar reconstrucción de la totalidad concreta con hipotético deductivo. Desgraciadamente, esta conciencia quedó nuevamente trunca al no pasar de estas importantes consideraciones generales sobre el método a una propuesta más específica sobre el mismo, ni a enfrentar en toda su complejidad al neopositivismo, al relativismo, a las teorías nuevas del discurso, a la filosofía analítica, al posestructuralismo, etc. En el importante trabajo de Hugo Zemelman acerca del Estado (H. Zemelman, número 3 de 1979), se esbozan algunas de las nociones metodológicas que después se desarrollarán en la década siguiente: relación entre contenido de un concepto y ángulo de análisis; reconstrucción en oposición a formalización; búsqueda de captación y direccionalidad de los procesos. Sin embargo, se trata todavía de un trabajo temprano que no permite prever los grandes desarrollos de este autor en los últimos años de la década de los ochenta.

Desde el punto de vista de las técnicas, en el subperíodo 1970-1976, en diversos artículos de la *Revista Mexicana de Sociología*, se intenta volver sobre las cuantitativas sin tener la relevancia ni formar parte de un programa como en el período positivista. En cuanto a las técnicas de recolección de información, la influencia de la sociodemografía en este subperíodo se traduce en artículos relacionados con esta disciplina: construcción de índices en estudios de población (F. Olgún, número 1 de 1971), de mortalidad (Cecilia Rabell, número 1 de 1976), de diversidad monolingüe (Jesús Martínez Ruiz, número 1 de 1976) y en la exposición de la técnica de cohortes (D. W. Hastings, número extraordinario de 1978). El número de estos trabajos es escaso, aunque de superior nivel de sofisticación con respecto a la presentación de técnicas elementales de la etapa anterior. Desde una perspectiva diferente, cabe destacar el esfuerzo por abordar el problema de la técnica emparentado con la búsqueda dependientista de especificidad e historización. Sin embargo, este esfuerzo quedó reducido al número de octubre-diciembre de 1975 cuando se intentó avanzar sobre las técnicas de construcción de cronologías. La introducción a este número de la *Revista* hecha por Pablo González Casanova (número 4 de 1975) es explícita en cuanto a la intención de historizar a la sociología y el énfasis en el análisis cualitativo (aunque no se descarta lo cuantitativo). Sin embargo, cuando se intentó pasar a las propuestas concretas en los artículos de Boils (número 4 de 1975) y Sara Gordon (número 4 de 1975) se cayó en un planteamiento interesante de análisis sustantivo de contenido dentro de la más pura factura positivista. Es otra vez la ausencia de conciencia epistemológica la que salta a la vista. No basta con la intención de historizar a la sociología sino que una concepción epistemológica diversa a la positivista obligaría a repensar incluso las propuestas de técnicas. En el caso del análisis de contenido, traducción técnica del método hipotético deductivo (código-dimensiones-indicadores-datos) hacia

principios de los sesenta ya había sido suficientemente criticado, pero en México esto también pasó de noche. De tal forma que se adoptó la técnica arrastrando una serie de supuestos no necesariamente compartidos por el dependientismo, o al menos nunca se dio la discusión en este nivel: la exclusión por esta perspectiva estadounidense, tan en boga en los cincuenta, de la distinción entre contenido manifiesto y latente en el discurso (el neopositivismo adoptado consideraba toda referencia a lo latente como metafísica), de tal forma que el análisis de contenido debería reducirse a lo manifestado exclusivamente; por otra parte, se tenía el supuesto de que la relación entre código, dimensiones e indicadores podría ser deductiva además de que el código era generado desde la teoría y se obligaba a los contenidos a caber dentro de las categorías de ese código, de manera semejante como se obliga a los respondentes a ubicarse dentro de las preguntas cerradas de un cuestionario.

En cuanto a las técnicas estadísticas de análisis de datos, en estos años quedaron reducidas cuantitativamente a su mínima expresión. Sólo cabe mencionar los artículos de (José A. Cobos, número extraordinario de 1978) y de Fernando Cortés (número 3 de 1979), el primero se reduce a exponer la técnica del *Path Analysis* de acuerdo a las orientaciones Blalock, y el segundo inicia una serie de artículos creativos que encontrarán mayor sofisticación en su producción de la década siguiente.

V. PERÍODO DE 1983 A LA FECHA

Hacia 1982, desaparecen de la *Revista Mexicana de Sociología* los grandes temas de las teorías de la dependencia y la situación no era para menos. Los regímenes militares (excepto el chileno) habían sido en general sustituidos por civiles y se habían restaurado formas de democracia y derecho políticos. Las teorías de la dependencia que habían prosperado en la década anterior fueron incapaces de predecir el futuro de los regímenes políticos en la región y mucho menos el carácter de las fuerzas políticas que contribuyeron a estos cambios. Asimismo, la crisis de la región adquiría connotaciones más complejas que las teorizadas por estas concepciones. Hay una división internacional del trabajo diferente a la de la teoría clásica del comercio internacional. La segmentación internacional de los procesos productivos implican para países como México y Brasil la introducción de tecnologías sofisticadas por compañías transnacionales y la producción manufacturera de exportación; la crisis de nuestras economías comienza a analizarse como crisis de las bases tecnológicas, de la productividad y no simplemente de las relaciones con el exterior; el concepto de Estado implica la incorporación de conceptualizaciones como las de neocorporativismo y Estado social que habían quedado negadas en aras de la especificidad latinoamericana. Es decir, a principios de la década de los ochenta, es notable la ausencia de un paradigma de inter-

pretación, predicción y guía de políticas prácticas del nivel que significó el dependentismo. Esta crisis no siguió el modelo Kuhneano de competencia entre paradigmas y sustitución después de un período de lucha por otro, sino el agotamiento sin sustituto inmediato.

Todo esto se reflejó en la *Revista* con la ausencia de trabajos teóricos de creación conceptual general y su sustitución por una super abundancia de estudios de casos sobre temas muy diversos. Para la EMT significó también su virtual desaparición del panorama de la *Revista* a partir de 1983 (con excepción del número monográfico de enero-marzo de 1987 al que nos referiremos más adelante). La crisis de la EMT en la *Revista*, como crisis de desinterés, no fue resultado, como en momentos anteriores, de un planteamiento explícito al respecto. Ciertamente que a nivel internacional la confianza en *El Método de la Ciencia*, como reflexión autónoma, había desaparecido desde hacía tiempo, pero en México esta crisis quedó muy pobremente reflejada, y la ausencia de trabajos EMT a partir de 1983 no podría atribuirse a una puesta al día de la *Revista* con respecto a las posiciones europeas más críticas y disolventes como serían las posmodernas (al menos esto nunca quedó explícito). Simplemente se produjo un nuevo viraje brusco a partir de 1983 sin un claro saldo de cuentas como ya había sucedido en 1950 y en 1966.

En este panorama de fragmentación en estudios de casos concretos caben destacar dos excepciones notables: primero la de los trabajos contenidos en el número monográfico sobre epistemología, metodología y técnicas de enero-marzo de 1987 dirigido e inspirado en gran parte de sus contenidos por Hugo Zemelman y el Proyecto de investigación en estadística social de Fernando Cortés. En el primer caso, su propuesta de "Uso Crítico de la Teoría"² busca salir al paso a las concepciones estáticas de realidad e inspirada en la idea marxista de movimiento, intenta una propuesta metodológica consecuente con dicho movimiento de lo real. Esta propuesta se traduce, para el autor, en la necesidad de un método no de justificación de la teoría (como el hipotético deductivo) sino de reconstrucción de la misma. Para ello, la "descripción articulada" pretende proporcionar guías generales de reconstrucción con sus nociones de problema eje y problematización, de selección de áreas, de selección de conceptos ordenadores, de descripción desarticulada, de búsqueda de articulaciones conceptuales y de descripción articulada. Todo ello normado por la noción de totalidad no como modelo teórico sino como criterio abierto de construcción de teoría. Esta propuesta conduce a Zemelman a discutir con el positivismo, con el relativismo, con el postestructuralismo, con el racionalismo crítico, con la epistemología genética y con el posmodernismo, conformando un gran proyecto de investigación y creación metodológica que no sólo pone al día al pensamiento latinoamericano con las

² Hugo Zemelman, *Uso crítico de la teoría*, México, El Colegio de México, 1987.

corrientes internacionales, sino que alcanza con Zemelman un grado de originalidad y sofisticación que no es posible reconocer en toda la historia de la *Revista* y posiblemente de la epistemología y metodología en México.

Un caso semejante, para una temática diferente y de un nivel de reflexión también diverso, es el de Fernando Cortés (número 4 de 1982). Aunque este autor se ha expresado en la *Revista Mexicana de Sociología* a través de sólo tres artículos, a partir del segundo y sobre todo en el tercero es posible observar la presencia de un creador en el campo de la estadística social y no simplemente un divulgador preocupado de las técnicas más elementales como durante el período positivista sucedió con Uribe Villegas. Fernando Cortés se ha propuesto reivindicar y desarrollar el análisis de asociación como una línea diferente de pruebas de hipótesis más adecuado a los problemas de la sociología. En esta línea ha hecho propuestas concretas de cuantificación de un nivel de originalidad desconocido en nuestro medio. No obstante, habría que señalar, que, a pesar de la riqueza y el nivel de excelencia y originalidad de los trabajos de Zemelman y Cortés, se trata de casos aislados hasta ahora en el último período de la *Revista* que, como veíamos, no se caracteriza por la importancia que se ha dado hasta ahora a estos temas.

CONCLUSIONES

1) La presencia de la EMT en la *Revista* ha pasado por cuatro grandes períodos en los que han predominado diferentes paradigmas.

2) La presencia de paradigmas dominantes por períodos no significa nunca exclusividad sino hegemonía.

3) Estos períodos han sido: el hermenéutico (1939-1950); el positivista (1950-1966); el dependientista (1966-1982), y el actual (1983 a la fecha).

4) La presencia de un paradigma dominante u otro en cada período se ha relacionado con las teorías sociales que predominaban, el carácter de la investigación concreta que se realizaba, las orientaciones políticas de la comunidad de investigadores sociales y de la dirección de la *Revista* y las propias capacidades intelectuales y de acumulación teórico-metodológica de los colaboradores latinoamericanos.

5) La sustitución de un paradigma dominante por otro no se dio en una confrontación rica, exhaustiva y explícita, sino generalmente por agotamiento del anterior o por virajes bruscos en preferencias y valoraciones sin claros saldos de cuentas.

6) Aunque las grandes corrientes internacionales de la EMT han estado presentes en la *Revista*, destaca la ausencia de discusiones sistemáticas, detalladas, con grandes discontinuidades temáticas. Las crisis internacionales en EMT han sido recuperadas con mucho retraso y en forma parcial

y sin claras consecuencias para la investigación en México. Todo esto permite hablar de la ausencia de una cabal cultura EMT.

7) Todo lo anterior permite decir que en México no ha existido una clara conciencia epistemológica.

8) La producción latinoamericana de EMT presente en la *Revista*, en general no se ha caracterizado por su originalidad ni por la presencia de proyectos de largo aliento; han predominado los trabajos de divulgación o de exégesis de autor y definitivamente no hay una corriente latinoamericana persistente en la *Revista* que estudie estas temáticas (con las dos excepciones que señalamos en el último apartado).

9) La sustitución de paradigmas en la *Revista* no sigue un modelo Kuhneano de enigmas, lucha contra paradigmas y sustitución, sino otras dos formas alternativas: una, la de paradigmas que se introducen en niveles diferentes de abstracción y no logran comunicarse en la lucha; el más "débil" rehusa el enfrentamiento en planos de igualdad, de tal forma que, mientras el más abstracto lo combate en su terreno, el otro penetra como técnica y se convierte de estado práctico en paradigma dominante. Sólo cuando se ha afianzado en su nivel inicial de penetración presenta batalla a su rival, cuando éste ya está desprestigiado o agotado como alternativa. La segunda forma es la disolución de un paradigma ante enigmas por agotamiento sin rival consistente. A esta situación sigue un período de dispersión y olvido de las temáticas que abordaba el paradigma disuelto. Al primer modelo podríamos llamarle el de difusión y predominio del cristianismo en el imperio romano (modelo cristiano); al segundo el de la caída del imperio romano y no sustitución durante varios siglos por un poder alternativo claro (el modelo bárbaro). Los dos modelos implican la crisis. En el cristiano, la crisis por difusión molecular, con asalto final; el segundo, el derrumbe sin salida inmediata. Esperamos que las propuestas de Zemelman y Cortés se conviertan en salidas a la barbarie, la fragmentación y la pérdida de sentido de futuro en EMT en América Latina.